

## ARQUEOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

PALOMA GONZÁLEZ MARCÉN \*

MARINA PICAZO GURINA \*\*

Todo parece indicar que la objetividad, en sus múltiples formas, ha sido conquistada por el varón. La mujer, sumergida en la vida, no ha alcanzado más que la perdurabilidad subterránea; su acción es imperceptible por confundirse con la vida misma, con cuyas fuentes ha mantenido siempre secreta alianza. La Historia es una fuente de objetividad, y por tanto de desprendimiento de la vida; es ya una cierta muerte, como lo es toda forma de objetividad. La mujer la ha rehusado o no puede alcanzarla; parece vivir identificándose con la realidad más misteriosa y reacia a ser declarada por el «logos» en cualquiera de sus formas. Vida misteriosa de las entrañas, que se consume sin alcanzar la objetividad.

*María Zambrano (1995:93).*

### Mujeres y cotidianeidad

Conocemos multitud de escenas que representan la relación entre hombres y mujeres que están dedicadas a labores textiles, desde las más antiguas, como los vasos de figuras rojas del siglo V a.C, en las que apa-

\* Departament de Prehistoria, Universitat Autònoma de Barcelona.

\*\* Departament d'Humanitats, Àrea de Història Antiga, Universitat Pompeu Fabra.

recen grupos de mujeres atenienses hilando hasta los grabados alemanes del siglo XVI. En todos los casos grupos de personas se encuentran en un interior en un contexto de socialización. Se habla, se corteja, mientras las mujeres hilan. Son imágenes que reflejan una forma de actividad y de temporalidad que ha constituido la experiencia femenina durante milenios. En la Grecia antigua, cuando se hablaba de los «trabajos de las mujeres», no se hacía referencia a las tareas domésticas en general, sino a las relacionadas con la elaboración de tejidos. Era una forma de trabajo que exigía un tiempo largo y reiterativo: eran necesarias varias horas para hilar con un huso manual la cantidad de hilo necesario para trabajar una hora en el telar. Por tanto, las mujeres hilaban mientras hacían otras cosas: vigilar a los niños, guardar el rebaño, viajar, compartir un rato de charla. En muchas culturas el huso y la rueca han sido símbolos de las mujeres honestas y trabajadoras, como refleja la memoria popular en los cuentos de hadas (Las tres hilanderas) y en los mitos (Penélope). Hacer telas y vestidos eran trabajos apropiados para las mujeres porque las largas horas necesarias mantenían a las mujeres ocupadas (la preocupación por el peligro de la mujer ociosa recorre muchas tradiciones históricas) y por su ubicación en el ámbito doméstico que las situaba en el que se consideraba su lugar propio. Además hilar y tejer son trabajos que pueden interrumpirse y reanudarse fácilmente, lo que permitía a las mujeres realizar otras funciones que les estaban generalmente asignadas, fundamentalmente los procesos relacionados con la transformación de los recursos alimenticios en comida, entendiendo como tal no solo el proceso fisiológico de consumir alimentos, sino la red de prácticas sociales y simbólicas que implica el reparto y consumo de alimentos.

Probablemente desde el neolítico las mujeres se han sentado juntas hilando, tejiendo, cosiendo. De hecho, la tradición de las reuniones ligadas a las actividades femeninas relacionadas con el trabajo de la tela es común en muchas culturas. En Gran Bretaña, se llamaba *spinning bees* a las ocasiones en que muchachas jóvenes y mujeres casadas hilaban en casa de una de las participantes. Cada una de las mujeres aportaba a la reunión alimentos, leña o pequeñas cantidades de dinero. Con frecuencia, eran invitados hombres jóvenes que comían y conversaban con las mujeres. En Alemania, la misma costumbre, la *Spinnstube*, fue impulsada, a partir del siglo XVI, por la emergente industria textil pero, frecuentemente, provocaba la desaprobación de los clérigos por el hecho de que se trataba de contextos de socialización de muchachas y hombres jóvenes, sin excesivo control. También en la Península Ibérica, especialmente en Cantabria, diversos autores hablan de las *hilas*, reuniones invernales de muchachas que como su nombre indica, hilan al tiempo que conversan con otras mujeres y con hombres de la aldea

al amor de la lumbre en alguna cocina grande. Estas reuniones parecen haber cumplido una función social en la que la charla, la música, la comida, estaban ligadas a las actividades de producción de telas de las mujeres. Son un buen ejemplo de una de las características de las actividades que mantienen los procesos de creación y recreación de la vida, realizadas fundamentalmente por las mujeres.

Esas actividades, aparte de las diversas formas de trabajo que representan, exigen y, al mismo tiempo, crean prácticas de relación social que tienen una dinámica, un tiempo (la cotidianidad) e, incluso, una organización espacial propios. Han supuesto, durante siglos, una parte esencial de las experiencias cotidianas de la vida de la gente, sobre todo de las mujeres. Sin embargo, han recibido escaso interés por parte de la investigación arqueológica, como consecuencia de la falta de interés por formas de trabajo que en muchas culturas han sido atribuidas, directa o indirectamente, a las mujeres. Esa ausencia en el discurso arqueológico resulta paradójica porque la evidencia empírica de este tipo de actividades constituye una parte importante (frecuentemente, la más importante) del registro arqueológico en cualquier cultura y período histórico. De hecho, podemos asumir que gran parte de los materiales arqueológicos recuperados en las excavaciones se relacionan con éstas y otras actividades de mantenimiento, es decir, con las tareas que procuran el sostenimiento y bienestar de los miembros del grupo social, desde el nacimiento y a lo largo del ciclo vital de cualquier persona, incluyendo en muchas sociedades conocidas, el tratamiento de la muerte. Las actividades de mantenimiento incluyen, además del tejido y la comida, los trabajos relacionados con la salud, el bienestar y la curación e higiene. Constituyen el tejido temporal y de relación del ciclo de la vida cotidiana y comprenden las formas de cuidado que crean y conservan las estructuras sociales. Al descuidarlas, la arqueología ha generado poco saber sobre unas formas de trabajo humano que son universales y generalmente estrechamente relacionadas con la división de roles sexuales. Además no se ha prestado atención al hecho de que las actividades de mantenimiento implican y han implicado siempre la creación de redes sociales, que frecuentemente asumen la forma de relaciones entre quienes prioritariamente cuidan y quienes son cuidados. Son formas de interacción que generan formas importantes de comunicación y conexión de la vida social y se gestan, superponen o interconectan a otras formas de relación social. De hecho, las decisiones tomadas en la vida cotidiana del pasado (y, por tanto, quienes las tomaban) se interrelacionaban con las demás esferas de la acción social y formaban parte indisoluble de la complejidad de los grupos humanos. Podemos asumir que en muchas sociedades las mujeres han sido responsables de las actividades de mantenimiento (aunque sin duda

hay ejemplos, históricos o etnográficos, de excepciones) y, sobre todo, de las relaciones sociales que esas actividades implican y gestionan. Además, aunque es posible que en algunas sociedades o momentos históricos, algunos hombres hayan realizado tareas de mantenimiento de la vida a escala doméstica, el abandono del análisis arqueológico de esta forma de actividad se ha debido, sin duda, a que se consideraban actividades realizadas por mujeres y, por tanto, menos relevantes que las masculinas.

Las actividades de mantenimiento y sus prácticas sociales configuran el espacio social del grupo doméstico mediante la temporalidad cotidiana. El estudio de ese modo temporal, de la diversidad de hábitos y de rutinas que implica sería una verdadera arqueología de la vida cotidiana. Como veremos, su variabilidad permite abordarla desde diferentes formas de análisis arqueológico.

### **La cotidianidad como perspectiva**

Plantear un acercamiento a la cotidianidad como objeto de investigación histórica no resulta actualmente una total novedad (por ejemplo, Pérez Samper, 2002), aunque hasta hace pocos años (y en gran medida, todavía en la actualidad) el estudio de lo cotidiano, como escala temporal y en situaciones y acciones históricas específicas, era considerado un subproducto de la investigación histórica destinado, como mucho, a la divulgación de baja exigencia (dirigida, por ejemplo, a la infancia) y realizado por profesionales de la historia de segunda fila, si es que se llegaba a considerarlos como tales. Sin lugar a dudas, esta consideración y, en muchos casos, la marcada ausencia de oficio historiográfico en el análisis y representación de la escala cotidiana de la historia tiene su razón de ser en su situación fuera de las dos grandes ontologías de la historiografía occidental de los siglos XIX y XX: la historia política y la historia de las estructuras.

Resulta revelador que la inexistencia hasta hace pocos años de una aproximación histórica a la cotidianidad consolidada no se haya amparado en una supuesta ausencia de datos que justificaran su escasa consideración como tema de investigación. Así, la llamada *Alltagsgeschichte* de la reciente historiografía alemana (Lüdtke, 1989) reconoce la abundancia de fuentes documentales para su estudio, como había hecho, anteriormente, la historia social de la escuela de *Annales* que abogaba por «historia más amplia y más humana» (Bloch, 1950: 7), en el marco de la que, años más tarde, surgiría la emblemática obra de F. Braudel (1974) como referente para la investigación.

Sin embargo, ha sido principalmente la historiografía alemana de la vida cotidiana la que ha buscado, mediante una voluntad expresa de estudio de la cotidianidad, la renovación de la historia social clásica, y, con ello, se ha planteado algunos de los problemas teóricos y metodológicos que surgen de ella.

La investigación en el campo de la historia social se tiene que encarar con un problema metodológico fundamental, a saber, cómo comprender y presentar la constitución dual de los procesos históricos, la simultaneidad de relaciones ya dadas y producidas, la compleja interdependencia entre estructuras globales y la práctica concreta de los «sujetos», entre las relaciones vitales, productivas y de dominación, por un lado, y las experiencias y formas de conducta de los afectados, del otro (Medick, 1987: 150).

Este problema ontológico y metodológico de correlacionar las experiencias y formas de conducta particulares y las estructuras sociales ya fue planteado desde la perspectiva microhistórica de Carlo Ginzburg y su *metodo indiziario* (Ginzburg, 1989), que parte de un acercamiento a los mecanismos ejercidos por los sistemas de dominación mediante el recurso a las historias concretas, partiendo de indicios cualitativos, singulares, en un proceso inductivo de indagación, que contrasta con los planteamientos de aproximación nomológica de gran parte de la arqueología de las últimas décadas. En cualquier caso puede afirmarse que la historiografía actual ha generado mecanismos de procedimiento, de tratamiento de su materia prima, propias de su «oficio» (siguiendo a Marc Bloch) que hacen susceptible abordar la cotidianidad y su problemática histórica y metodológica desde la práctica investigadora.

A ello se le une la extensa reflexión, que desde los años 70, ha elaborado el feminismo sobre la contingencia subjetiva de la investigación sin con ello renunciar a la búsqueda de vías y razón para anclar los saberes (Harding, 1991; Longino, 1990; Hipatia, 1998). Una parte importante de los enfoques feministas se fundamenta, alternativamente, en dos conceptos: por una parte, el «conocimiento situado», formulado por Donna Haraway (1995) y el «punto de vista feminista» (*feminist standpoint*) de Sandra Harding (1997) y, por la otra parte, el «partir de sí», concepto surgido en el contexto del feminismo de la diferencia (Rivera Garreta, 1994). Aún con objetivos y prácticas diferentes, las dos perspectivas se refieren a la posición específica de mujeres a la hora de construir (re)conocimientos partiendo de lo que Sandra Harding denomina un punto de vista privilegiado, «una cultura de las mujeres» (Magallón, 1999: 76-78):

«[Este] razonamiento (...) puede aplicarse a los hombres y a las mujeres, pues aunque vivan en una misma cultura, en muchos momentos de su

vida y en según que espacios, esto deja de ser así. Esta afirmación, equivalente a admitir que hombres y mujeres, por el hecho de serlo, viven en diferentes culturas, según Harding, encuentra graves resistencias. Sobre todo entre los y las profesionales de clase media, ya que justamente en estas clases el feminismo liberal en su lucha por la igualdad ha logrado un tipo de vida más andrógino, para todos. (...) Por otra parte entre estos mismos profesionales horroriza la idea de una ciencia de las mujeres, porque evoca el mal uso que se ha hecho de la diferencia entre los sexos (...). Otros miedos surgen del lado de la esencialización. Parecería que dar espacio y reconocer que determinadas tareas están ligadas a las vidas de las mujeres, porque son realizadas mayoritariamente por ellas, supone fijar y esencializar el contenido de esas actividades como representativas y apropiadas para las mujeres y sólo para ellas, por los siglos. (...) El problema de la diferencia surge desde otro ángulo: si se reconoce, se arriesga la segregación; si no se reconoce, hay una pérdida en la riqueza y enfoque de muchos aspectos de la realidad, precisamente los que aportan las vidas de las mujeres.

(...) No podemos borrar las diferencias biológicas que están ahí, aún cuando no sean interpretables al modo que lo hacen los deterministas biológicos (...). Y están las características de las actividades asociadas socialmente a las mujeres, tales como cuidar a los niños y niñas, a los ancianos, a los enfermos; todo tipo de trabajo doméstico, mantenimiento de la comunidad local, trabajo de oficina, acopio de comida, agua, mantenimiento de la agricultura de subsistencia en otros lugares, cuidado de los animales, de los bosques, etc. Actividades que conducen a las mujeres a interaccionar de modo distintivo con el entorno natural, como ha destacado la literatura sobre género y desarrollo económico. (...). Además y sobre todo esta diferente interacción ha sucedido, de forma más rotunda, a lo largo de la historia, por lo que las mujeres serán las depositarias de un conocimiento desarrollado históricamente sobre ciertos aspectos del mundo natural, ligados con sus vidas, que las perspectivas del *feminist standpoint* permiten recuperar; un conocimiento que la ciencia no puede permitirse ignorar.»

Las autoras del feminismo de la diferencia parten de la capacidad de significación del entre-mujeres y defienden la diferencia sexual (Irigaray, 1984; Muraro, 1991; Cigarini 1996), entendida como una forma específica de relación con la realidad, una forma de relacionarse basada en el reconocimiento de cada mujer «de su estar en el mundo» (Lispector, 1991). Desde esta perspectiva, el orden simbólico patriarcal ha rechazado la creación de otros órdenes simbólicos porque no se ajustaban a él. La propuesta de estas mujeres busca escapar de este orden simbólico patriarcal dando nombre a otras formas de estar en el mundo y, de este modo, creando un nuevo orden simbólico en el que las

mujeres puedan reconocerse. Como enuncia Lia Cigarini (1996, citada en Rivera, 2000:105):

«Para algunas (y algunos) la diferencia significa subrayar que las mujeres son una cosa distinta de los hombres (más éticas, menos violentas, etc.) que se diferencian, pues, en contenidos de los hombres, los cuales quedan por necesidad como punto de referencia. Asimilar a la emancipación o diferenciarse de los hombres son la misma operación, no hay interpretación libre de sí. Defino esta concepción de la diferencia del orden de las cosas. Otras (y otros), por su parte, consideran que la diferencia consiste en inventarse lo femenino mediante investigaciones y pensamientos. Defino esta idea de la diferencia del orden del pensamiento. Yo pienso, en cambio, que la diferencia no es del orden de las cosas ni del orden del pensamiento. La diferencia no es más que esto: el sentido, el significado que se da al propio ser mujer. Y es, por tanto, del orden simbólico.»

Con este trasfondo, el nombrar las experiencias femeninas desde la vivencia de la cotidianidad conformaría un acercamiento específico a la historia del estar en el mundo (de mujeres y de hombres) y de la huella material que han dejado en él que partiría de las siguientes premisas:

- Las actividades humanas que con seguridad siempre han sido y siempre serán cotidianas y que normalmente se han tendido a equiparar con lo doméstico son las actividades de mantenimiento. En su definición de la condición humana, Hanna Arendt (1993) sostiene que la tradición historiográfica y de la filosofía política occidental ha tendido a no diferenciar lo que ella denomina «labor» y «trabajo». Por labor se entiende las tareas que aseguran la supervivencia de las personas y, por extensión, se refiere a aquellas actividades que no generan productos. La labor siempre estaría orientada a los mismos objetivos, la reproducción humana; mientras que el trabajo variará históricamente. Según H. Arendt desde la filosofía griega clásica se ha tendido a situar jerárquicamente estos dos ámbitos de la acción humana, en un sistema piramidal en la cúspide del cual se situaría la denominada *vita politica*.
- El ámbito de las relaciones y condiciones de la vida cotidiana es adonde, en última instancia, se dirigen las decisiones políticas y económicas de todos los sistemas de poder. Cualquier engranaje social ha de ser operativo en la escala de la cotidianidad si ha de ser fluido, es decir, si resulta operativo a corto, medio o largo plazo. Por la misma razón, las resistencias a un sistema de funcionamiento social necesariamente han de empezar quebrándose en lo cotidiano.

- Las relaciones políticas, económicas y simbólicas se expresan, en la escala cotidiana, en el ámbito de las relaciones interpersonales. La continuidad o el cambio de esas relaciones personales vienen definidas, por tanto, por la creación, recreación o desaparición de redes de relación.
- Las redes interpersonales se conforman a partir de la acción humana relacional y del mundo material que las envuelve y en la que operan. Por tanto, la arqueología de la cotidianeidad se ocupa de aquellos objetos y contextos arqueológicos interpretados e interpretables en términos de redes interpersonales, partiendo de la certeza de que las relaciones interpersonales básicas que se generan en una sociedad son las derivadas de las actividades de mantenimiento.
- La escala temporal de lo cotidiano es la escala de la vivencia de las personas, la experiencia histórica concreta, que se transforma (se recrea) a lo largo del ciclo vital, acumulando memorias, saberes y huellas del cuerpo.
- Lo cotidiano, aun siendo reiterativo, requiere un acercamiento a lo singular, en el sentido expresado por M<sup>a</sup> M. Rivera (2000: 104): «Singular que es una cosa distinta de <individual>; individual que es, a su vez, polo dialéctico opuesto jerárquicamente a <colectivo> en el racionalismo griego y europeo». Es en el sentido de la perspectiva feminista que «lo singular» ha de aplicarse tanto al objeto estudiado, la cotidianeidad, como al sujeto investigador.

### **La evidencia arqueológica de lo cotidiano: saber en relación**

Abordar desde la arqueología el estudio de las experiencias históricas femeninas implica explorar las acciones que hacen posible que los miembros de una comunidad (pre)histórica se despierten cada mañana y continúen viviendo, produciendo, tomando decisiones sobre el futuro y creando. Pero ello supone proponer vías de interpretación de los conjuntos arqueológicos que fijen su atención en aquello que los «une al separarlos», es decir, el transcurso de vida, en el que, si bien las mujeres difícilmente podrán verse físicamente, sí que podrán imaginarse y reconocerse.

La caracterización de las formas de vida de una comunidad va inexorablemente unida, desde la arqueología, a la estrategia metodológica de la determinación de su organización espacial. De hecho, puede considerarse que el espacio denotado y acotado por los restos arqueológicos, la articulación de sus diferentes elementos, los recorridos que van de uno a otro, como la expresión material de una determinada lógica en organización de las actividades, una organización concreta y no abs-

tracta, que conforma y, al tiempo es conformada, por las constantes y cambiantes relaciones que se generaron en aquellos espacios. Así pues, los espacios arqueológicos no son espacios abstractos, reducibles a patrones o esquemas formales, son espacios que contuvieron vida humana y que fueron creados por ella.

Por todo ello, determinar las relaciones espaciales de los objetos que constituyen un antiguo espacio de relación, un poblado, una aldea, pasa por considerarlos en relación a las actividades que en ellos se realizaban y precisamente partiendo de la certidumbre de que son las actividades de mantenimiento las que procuran la creación y recreación efectiva y cotidiana de todos los grupos humanos, estas han de evaluarse como generadoras de exigencias y condicionantes materiales que han de mostrarse, necesariamente, en la distribución espacial de la documentación arqueológica.

No obstante, ¿cómo acercarnos a esas actividades? ¿Qué elementos de la cultura material nos acercan a ellas? Vayamos a los objetos, ya que si el estudio del espacio nos permite imaginar los movimientos, los trasiegos de personas, sus lugares de encuentro, de reunión, de descanso, ellos —los objetos en sí mismos— nos acercan a las manos que los realizaron, los utilizaron, a los gestos y los pensamientos de aquellos que habitaron un lugar determinado en un tiempo concreto. Y, como ya señalábamos, estas actividades de la vida diaria son las que nos han dejado mayor volumen de material prehistórico (en este sentido, ver Conkey y Gero, 1991: 15-16).

Saber como se elaboraban los utillajes para las actividades de mantenimiento, como se utilizaban, que elementos de ellos nos indican una particularidad, una huella individualizable, el esfuerzo invertido, el descanso posible, la comunicación de saberes y su transmisión y transformación, forman parte de una manera determinada de entender el estudio de lo que ha venido a denominarse tecnología, que nace y siempre vuelve a los espacios vividos. Las actividades de mantenimiento, como ámbito inexorable de la cotidianidad, se presentan así como la convergencia de saberes técnicos orientados a la relación, tanto para transmitirlos como para sustentarlos y hacerlos posibles.

La arqueología actual ha generado una multiplicidad de estrategias de acercamiento a los restos materiales de las sociedades del pasado. Ciertamente una investigación orientada desde sus inicios a los planteamientos que aquí exponemos habrá de propiciar una mayor riqueza interpretativa. Aún así, la reevaluación de conjuntos de datos preexistentes permite también, como en los tres ejemplos que desarrollamos a continuación, nombrar otras vivencias y proponer otras lecturas históricas.

*Escalas de cambio y experiencia cotidiana*

Independientemente de la perspectiva histórica adoptada, la mayor parte de las interpretaciones de la prehistoria reciente de la Península Ibérica, (y probablemente de la prehistoria mediterránea, e incluso europea) plantean un limitado número de temas, entre los que destacan claramente los relacionados con el crecimiento/disminución de la población o de la producción agropecuaria el desarrollo tecnológico y, para sus fases más tardías, con la presencia colonial. En cambio apenas se ha profundizado en la evaluación de cómo se traducen esos factores en términos específicos mediante la evidencia material procedente de los registros arqueológicos. Es decir, apenas se han planteado cuestiones como: ¿por qué y cómo aumenta la producción agrícola?, ¿en qué términos podemos hablar de avances tecnológicos?, ¿cómo puede una comunidad aumentar su población? ¿cómo afectaron todos esos cambios a la reorganización de la vida diaria y a expensas de qué o de quienes en el seno de las comunidades prehistóricas? Esto ha dado como resultado un estudio de la prehistoria caracterizado por variables macrohistóricas, un tipo de relato que resulta incompatible con la presentación de la imbricación de estos cambios con las acciones y vivencias humanas concretas, puesto que las personas son sustituidas por tendencias o factores sociales abstractos cuya caracterización se configura como objetivo de la investigación.

Esas cuestiones de interpretación a pequeña escala de la dinámica social surgieron cuando participamos en un proyecto de investigación sobre las comunidades campesinas del 2º y 1º milenio a.C. de la comarca del Vallès, en la provincia de Barcelona. La principal forma de asentamiento en el Vallès desde el neolítico hasta el mundo Ibérico Pleno se caracteriza por la presencia de numerosas fosas excavadas en la tierra, y por la ausencia o escasez de restos específicos de viviendas de construcción sólida. La mayor parte de las fosas eran usadas primariamente como depósitos de productos agrícolas, aunque algunas de ellas, de mayor superficie y menor profundidad, son interpretadas como áreas de trabajo o de vivienda. Al igual que sucede en la casi totalidad de yacimientos de este tipo, una vez usadas las fosas-silos usadas como contenedores de grano, se rellenaban con materiales en desuso que permiten obtener una visión general de las pautas de explotación de recursos biológicos y de elaboración y uso de instrumentos y artefactos.

Al realizar el estudio del yacimiento de Can Roqueta (González Marcén *et al.*, 1999) nuestro interés residía en ver era cómo el asentamiento (como espacio de la vida cotidiana) se estructuraba en relación a diferentes los tipos de actividades para las cuales contábamos con documentación arqueológica (descanso y cobijo, procesado

de alimentos, almacenamiento de grano, producción textil, producción alfarera, producción de instrumentos líticos y producción metalúrgica). A pesar de las dificultades que entraña discernir áreas de actividad en yacimientos para los cuales el grueso de la información procede de basureros, se hizo evidente que el asentamiento había experimentado importantes cambios en la organización de la vida en sus momentos finales, coincidiendo con el momento de transición del Bronce Final al Hierro Inicial. En la Edad del Bronce, es posible que la estructuración de la vida en los asentamientos y su espacio social estuviese regida por los ritmos y necesidades de las actividades de mantenimiento que parecen haber regido todas las prácticas sociales, incluyendo la producción agrícola, como parecen indicar la aparición de áreas no especializadas y la específica relación entre áreas de descanso y cobijo y de almacenamiento de grano. Con todo, se han reconocido algunas diferencias, entre el Bronce Antiguo y el Bronce Reciente, en la escala de la estructuración espacial: la agrupación de fosas del Bronce Antiguo en un área limitada contrasta con los asentamientos del Bronce Final que parecen una versión extendida de las formas concentradas anteriores. Sin embargo, durante todo el II milenio y los primeros siglos del I milenio, el asentamiento se estructuraba en torno a los dispositivos de mantenimiento que aparecen dispersos en todo el área habitada. No es posible distinguir entre áreas de descanso, de producción y de consumo, y, de hecho, todo el asentamiento puede caracterizarse como una única área doméstica.

Durante el corto período de ocupación del asentamiento durante el Hierro Inicial se constata un cambio en el modelo de organización espacial. Los indicadores de ciertos tipos de producciones artesanales (por ejemplo, los relacionados con la producción textil y metalúrgica y los contenedores de almacenamiento de productos no relacionados con la agricultura), están separados de las áreas de consumo alimenticio y posiblemente de descanso y cobijo. Las actividades de mantenimiento parece que ya no ejercen el papel de vertebradoras de la organización de la vida en estas comunidades tal como muestra una disposición espacial escindida. Esta nueva situación precede a la interrupción, inmediatamente posterior, de modelo de relación y reproducción que había sido dominante en la comarca del Vallès desde la época neolítica. La nueva separación entre áreas de vida y lugares de producción, la aparición de las bases de organización espacial que habrán de permitir el control del excedente y la introducción de nuevas técnicas de construcción, son características definitorias del asentamiento en el posterior período ibérico.

Lo que resulta especialmente significativo en este evidente cambio en la concepción del espacio del asentamiento es que sucede en paralelo

únicamente al incremento en la producción cerealística evidenciada en la proliferación de silos de mayor capacidad, sin que se detecten cambios en otras esferas de actividad y producción como la tecnología cerámica, las pautas de consumo y explotación de los recursos faunísticos o cerealísticos, e incluso, en las materias primas usadas en la fabricación de piedras de molino y el resto de instrumental lítico. Por tanto, el incremento en la producción agraria debería relacionarse, no con mejoras o innovaciones tecnológicas que permitirán suponer un incremento de la productividad agrícola, sino con cambios fundamentales en la organización de las actividades de mantenimiento y del trabajo artesanal. Esa reorganización de la vida cotidiana tuvo que haber implicado un aumento del trabajo invertido en las tareas agrícolas (a expensas de las actividades de mantenimiento), un aumento de la fuerza de trabajo disponible (a expensas de las mujeres ya que cada mujer tendría más hijos —con cambios posibles en las estructuras familiares— o que una mayor dedicación a las actividades de mantenimiento relacionadas con la salud general comportaría una mayor expectativa de vida a los miembros de la comunidad) o, lo que es más probable, de una combinación de los estos dos factores.

Es posible que la expansión de la producción agrícola, del almacenamiento y del procesado primario del grano en la zona del Vallés fueran estimulados por la iniciación de conexiones de intercambio fuera de la región. Por tanto, la razón del incremento de la producción cerealística puede relacionarse con los acontecimientos históricos generales que afectaron a este parte del mundo mediterráneo durante el período. Pero a la vista de los datos disponibles, es también probable que ese proceso sólo fuera posible debido a un cambio radical en el concepto de riqueza y de bienestar que estructuraba hasta entonces a esas comunidades campesinas. La extensión de esas modificaciones en el modelo reproductivo del Hierro Inicial en el Vallés se demuestra en el propio hecho de que la ocupación de este período en todos los asentamientos conocidos de la zona es extremadamente corta, lo que puede ser interpretado como un período de conflicto entre estrategias sociales opuestas debido al colapso de las condiciones sociales previamente responsables del sostenimiento de la red de relaciones que constituían la estructura socio-económica, y su sustitución por liderazgos orientados hacia actividades no domésticas.

La desaparición de los grupos del Hierro Inicial, con sus orígenes en la tradición neolítica en el área del Vallés, y la introducción de nuevas formas de organización ibéricas a lo largo de la costa catalana, proporciona indicios de las repercusiones que tuvo este cambio hacia mediados del I milenio a.C. En este caso, como en otros muchos de transición entre formas de organización socio-política, el ritmo y las

consecuencias de las transformaciones macroeconómicas y de estructuras sociales sólo pueden entenderse históricamente si se consideran de forma prioritaria los cambios que afectaron a las prácticas cotidianas de los grupos humanos.

*El papel de la micropolítica en la aparición de las sociedades complejas*

Probablemente la transformación más radical que afectó a las comunidades humanas del pasado es la que propició la emergencia de las sociedades complejas. En un trabajo reciente (Curià *et al.* 2001) hemos planteado el análisis de la transformación de algunas actividades de mantenimiento, específicamente del trabajo textil y del procesado de los alimentos en la fase de emergencia de la desigualdad política en las sociedades ibéricas del nordeste peninsular. Partíamos de la premisa de que cualquier aproximación arqueológica al tema debe partir de un acercamiento, desde los restos materiales, a las formas de trabajo diversas de mujeres y hombres en la sociedad de estudio y de cómo variaban a lo largo del tiempo como consecuencia de las transformaciones sociales y políticas.

Gran parte de las viviendas de los yacimientos ibéricos del nordeste peninsular presentan rasgos comunes en cuanto a su tamaño y formas de construcción. Parece que se trataba de espacios multifuncionales de vida cotidiana destinados a la producción y transformación de productos alimenticios y a la elaboración de los utensilios necesarios para el mantenimiento y el cuidado de los grupos sociales que los habitaban. Pero incluso en los asentamientos de menor tamaño, se documentan ciertos cambios probablemente relacionados con las transformaciones sociales y políticas del período. Estructuras arquitectónicas que presentan elementos de carácter singular por su tamaño, forma de construcción o contenido se han interpretado como lugares «públicos». En varios casos se han documentado evidencias de un incremento (y posible centralización) de la producción de tejidos y alimentos en espacios determinados dentro de algunos poblados (por ejemplo, en el de Mas Boscá de Badalona y en el Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet). Tanto los edificios como los cambios en los procesos productivos coinciden en el tiempo con una creciente complejidad social que implicaba en mayor o menor medida a toda la sociedad ibérica.

Los materiales arqueológicos que se encuentran en estos edificios son los mismos que aparecían en los demás ámbitos domésticos: fustas, pesas de telar, molinos barquiformes, etc., pero generalmente en mayor cantidad. Parece que nos encontramos ante una intensifica-

ción de la producción textil y alimenticia que superaba las formas de la producción a escala doméstica de la etapa anterior. Es una fase, el Ibérico Pleno, en que emergen elites que habitaban en grandes residencias y que parecen haberse apropiado de parte de la producción como estrategia para afianzar la jerarquización social. Se documenta un aumento de los conflictos bélicos entre comunidades (aparición de fortificaciones y aumentos de las tumbas de guerreros), el control de las prácticas rituales (en los «edificios públicos») y la centralización de algunos procesos productivos, empezando por algunas formas de trabajo relacionadas con las actividades de mantenimiento. Es posible que la evidencia que muestra la intensificación de la producción de telas y de alimentos en ciertos edificios singulares de los asentamientos ibéricos haya implicado una presión de las elites sobre los grupos domésticos, o específicamente sobre las mujeres, para lograr una mayor producción y consumo relacionados con las formas de control y exhibición de la riqueza social. En ese último apartado, el aumento de la producción de alimentos pudo estar dirigido a una forma de redistribución en festines rituales en ámbitos específicos. Aunque las élites ibéricas no parecen haber tenido un dominio total sobre la producción de tejidos o de alimentos, el aumento de la productividad ligada a esas actividades de mantenimiento pudo implicar la existencia de alguna forma de trabajo dependiente, probablemente femenino. Pero parece que, en este caso como en otros ejemplos históricos conocidos, la aparición de la estratificación se basó, al menos parcialmente, en la manipulación y control de las formas de prácticas de relación que se basaban en la creación y el cuidado de la vida social.

### *La cotidianeidad como espacio simbólico*

El distrito del Cerámico constituía una zona de la ciudad de Atenas que se extendía dentro y fuera de las murallas de la ciudad. En este espacio urbano se encontraba, además de un extenso cementerio, el barrio de los alfareros donde se producía la famosa cerámica ática exportada durante la época clásica a toda la cuenca del Mediterráneo. En la antigüedad tenía además reputación de ser una de las zonas de prostitución de la ciudad. A principios de las década de los noventa, en excavaciones realizadas en el Cerámico, concretamente, en un espacio situado entre las murallas y la Puerta Sagrada, apareció un edificio (*Bau Z*) construido a mediados del siglo V a.C., que experimentó diversas reestructuraciones en los siguientes 150 años. Destaca en su estructura la aparición de numerosas habitaciones, algunas decoradas con estuco rojo y en las que aparecieron restos de vajilla del tipo usado en los

simposios, y diversos objetos relacionados con el culto a Afrodita. Estos hallazgos, el tamaño del edificio (que claramente no era el usual en las viviendas), el número de habitaciones y la propia ubicación del *Bau Z* en un área alejada del centro urbano e inmediata a la zona de entrada a la ciudad, han llevado a pensar que se trataría de un burdel. En una comedia ática del siglo IV a.C. se hace una mención a un burdel situado en el Cerámico en el que había unas 30 mujeres. Quizás se refería al edificio Z. Las mujeres que vivían allí serían extranjeras procedentes de Anatolia, Tracia y Siria, casi con seguridad esclavas, que dejaron trazas de su devoción a diosas que no eran griegas, en forma de pequeñas estatuillas. Esa forma de culto doméstico representaba probablemente una forma de mantener la conexión con la identidad cultural a la que originariamente pertenecían.

Las esculturas pequeñas de mujeres constituyen una de las formas más antiguas de representación de la figura humana y tuvieron una enorme difusión durante siglos en amplias zonas del mundo antiguo. Ha sido frecuente, durante mucho tiempo, su identificación con la existencia de una Diosa Madre que habría sido venerada desde el Paleolítico hasta el final de la Antigüedad. Una Diosa protectora de aspectos importantes del ciclo vital: el nacimiento, la iniciación, el matrimonio, la reproducción y la muerte, y de una gran variedad de experiencias religiosas. Creemos que, por el contrario, es importante destacar la variabilidad de posibles sentidos y funciones de las figuritas femeninas como objetos culturales creados por muchos grupos humanos. Se ha de superar la idea de una función originaria única para las mismas, aunque cabe destacar el hecho de que mayoritariamente las figuritas humanas de pequeño tamaño son representaciones de mujeres. Para ello hemos estudiado varios grupos de figuritas, de ámbitos culturales y tiempos históricos diversos (Masvidal y Picazo 2005). Uno de los resultados de nuestra investigación es que en muchos casos (aunque no en todos) se da una estrecha relación entre las figuritas, el ámbito doméstico y las mujeres. Es así, por ejemplo, para las numerosas figuritas aparecidas en asentamientos israelitas de los siglos VIII y VII a.C. que pueden estar relacionadas con las menciones en diversos libros del Antiguo Testamento a una diosa o diosas cuyo culto parece haber sido fundamentalmente femenino. Podría ser la diosa Asherah quien aparece, en textos de la segunda mitad del II milenio a.C. procedentes de la antigua ciudad de Ugarit, como consorte del dios El. De hecho, parece seguro que durante siglos existieron en Israel formas de politeísmo, aunque fuera de forma limitada. Algunas de esas divinidades, mal asumidas por la religión oficial, eran veneradas en el contexto de la religión familiar, es decir de las creencias y prácticas de la gente en su primer grupo de pertenencia. Los fieles buscaban obtener de su diosa la bendición divina en forma de suficiente comida, salud y

seguridad (Jeremías 44: 17s). En todo caso, destaca el carácter privado y familiar del culto a la Diosa, la Reina de los Cielos.

Las figuritas han aparecido siempre en contextos domésticos, en Jerusalén y numerosos asentamientos israelitas. Son representaciones muy sencillas: a partir de un pedazo de arcilla se logra una figura hueca a la que se estampan los detalles en la cara frontal, mientras la posterior se deja sin decorar. En unos pocos casos, la figura está amamantando a un niño. Otras veces aparece sentada en un trono, siguiendo un modelo muy difundido en el Mediterráneo a lo largo del I milenio a.C. Pero el grupo más numeroso es el de las figuras acampanadas de las que se conocen centenares. La característica central de estas figuritas es que tienen la parte inferior del cuerpo más ancha que el resto del cuerpo y no se muestra separación ni determinación de las piernas. Tan solo han aparecido en contextos domésticos, una por casa y parece clara su función ritual. Representan una especie de ícono doméstico, probablemente la representación antropomórfica de la diosa. Su propósito puede haber sido obtener las bendiciones, la protección cotidiana, de una divinidad protectora de la familia.

Un aspecto importante de la religión familiar del antiguo Israel eran las bendiciones divinas ligadas a la fertilidad y el cuidado de la vida. En parte pertenecían al dominio del dios del padre pero de hecho formaban parte del tipo de prácticas sociales que normalmente son creadas y sostenidas a través de las actividades de mantenimiento por las mujeres en los grupos sociales. En ese sentido, es lógico que cuando los rituales ligados a esas bendiciones se expresan iconográficamente lo hagan con representaciones femeninas, como sucede con las figuritas de arcilla y las decoraciones de otros elementos rituales: soportes, cuencos, altares de piedra, que han aparecido normalmente en el interior de estructuras domésticas. De hecho, aproximadamente la mitad de las casas excavadas en asentamientos israelitas han proporcionado indicios de actividad cultural ligada a objetos religiosos entre los que destacan las figuritas femeninas. El hecho de que se haya utilizado para su creación una materia muy económica, la terracota, hace pensar que para sus fieles no representaba una divinidad distante, lejana, sino a una diosa que se relacionaba con las necesidades cotidianas de sus adoradores y que determinaba la actividad religiosa de la gente en el contexto doméstico.

Tanto en el caso de las figuritas del antiguo Israel, como en el de las pequeñas diosas que usaron las esclavas extranjeras que vivían en el burdel de la antigua Atenas, podemos asumir que nos encontramos con objetos rituales que se usaban en conexión a cultos, rituales, creencias populares poco conocidas, incluso en el caso de sociedades para las que tenemos noticias textuales. Se trata de ámbitos de creencia e

identidad que, en muchos casos, pudo haber pertenecido a un orden de significado simbólico diferente al de los grupos sociales dominantes. En todo caso, parece claro que su significado pudo estar ligado a las formas de prácticas sociales que emergen de las actividades de cuidado y mantenimiento de la vida.

## Bibliografía

- ARENDRT, Hanna. *La condición humana*. Barcelona, Paidós, 1993.
- BLOCH, Marc. *Introducción a la historia*. México, FCE, 1950.
- BRAUDEL, Fernand. *Civilización material y capitalismo*. Barcelona, Labor, 1974.
- CIGARINI, Lia. *La política del deseo. La diferencia femenina se hace historia*. Barcelona, Icaria, 1996.
- COLOMER, Laia; GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma y MONTÓN, Sandra. «Maintenance activities, technological knowledge and consumption patterns: a view from northeast Iberia». *Journal of Mediterranean Archaeology* 11 1998, pp. 53-80
- CONKEY, Margaret W. y GERO, Joan M. «Tensions, Pluralities, and Engendering Archaeology: An Introduction to Women and Prehistory», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering Archaeology. Women and Prehistory*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 3-30.
- CURIA, Elisenda; MASVIDAL, Cristina y PICAZO, Marina. «Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en Iberia Septentrional», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turoense, 2000, pp. 107-122.
- GINZBURG, Carlo. *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona, Gedisa, 1989.
- GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma; MARTÍN, Araceli y MORA, Rafael (coords.). *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval*. Barcelona, Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya, 1999.
- HARAWAY, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1995.
- HARDING, Sandra. *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from women's lives*. Nueva York, Cornell University Press, 1991.
- HARDING, Sandra. «Women's Standpoints on Nature. What Makes Them Possible?», en Kohlstedt, Sally G. y Longino, Helen (eds.), *Women, Gender and Science: New Directions*. Nueva York, Ithaca, 1997, pp. 186-200.
- HIPATIA. *Autoridad científica, autoridad femenina*. Madrid, Horas y Horas, 1998.
- IRIGARAY, Luce. *Ethique de la différence sexuelle*. París, Editions de Minuit, 1984.
- LISPECTOR, Clarice. *Uma aprendizagem ou o livro dos prazeres*. Rio de Janeiro, Francisco Alves Editora, 1991.

- LONGINO, Helen. *Science as social knowledge. Values and objectivity*. Princeton, Princeton University Press, 1990.
- LÜDTKE, Alf. (ed.) *Alltagsgeschichte*. Frankfurt, Campus Verlag, 1989.
- MAGALLÓN, Carmen. «Privilegio epistémico, verdad y relaciones de poder. Un debate sobre la epistemología del *feminist standpoint*», en BARRAL, M<sup>a</sup> José; MAGALLÓN, Carmen; MIQUEO, Consuelo y SÁNCHEZ, M<sup>a</sup> Dolores (eds.), *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas de mujeres*. Barcelona, Icaria, 1999, pp. 63-80.
- MASVIDAL, Cristina y PICAZO, Marina. *Moldeando la figura humana. Reflexiones entorno a las figuritas femeninas de la Antigüedad*. Barcelona, El Acantilado, 2005.
- MEDICK, Hans. «Missionaires in the Row Boat. Ethnological Ways of Knowing as a Challenge to Social History». *Comparative Studies in Society and History* 29, 1987, pp. 76-98.
- MURARO, Luisa. La politica è la politica delle donne. *Via Dogana* 1, 1991, pp. 2-3.
- PÉREZ SAMPER, M<sup>a</sup> Angeles. (coord.). *La vida quotidiana a través dels segles*. Barcelona, Fundació Bosch Gimpera/ECSA, 2002.
- RIVERA GARRETA, M<sup>a</sup> Milagros. *Nombrar el mundo femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Barcelona, Icaria, 1994.
- RIVERA GARRETA, M<sup>a</sup> Milagros. «Una cuestión de oído. De la historia de la estética de la diferencia sexual». En *De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana*. Cuadernos inacabados 38. Madrid, Horas y Horas, 2000, pp. 103-126.
- ZAMBRANO, María. «Eloísa o la existencia de la mujer», en LAURENZI, Elena (ed.), *María Zambrano. Nacer por sí misma*. Madrid, Horas y Horas, 1995.